

A través de sus tres libros autobiográficos: "La Voluntad", "Antonio Azorín", y "Confesiones de un pequeño filósofo".



El estilo de Azorín, según el mismo lo confiesa, ha comenzado siendo brillante, es decir, dotado de elementos retóricos, de colorido reluciente, aun cuando ese colorido no refleja el tono real de las cosas, de adaptación en candida y otros artificios o trucos literarios de aquellos que tanto comueven al público. Esto parece desprenderse de lo que dice en "La Voluntad": "Yo creo que he sido alguna vez un escritor brillante; ahora, en cambio, con la sencillez en la forma, he llegado a poder decir cuanto quiero, que es el mayor triunfo que puede alcanzar un escritor sobre el idioma. El estilo brillante — agrega — hace imposible esto; con él el escritor es esclavo de la frase, del adjetivo, de los finales, y no hay modo muchas veces de encajar la idea entera".

Estas frases azorinianas, amén de una saludable lección, constituyen la mejor pista que se nos pudiera dar para intentar definir el estilo de Azorín, para procurar establecer la raíz y la meta de una manera literaria tan característica, tan diferenciada como es la suya.

Ignoramos cuáles son esos períodos "brillantes" que Azorín dice haber tenido. Si "La Voluntad" es cronológicamente, como creemos, su primer libro, ese brillo que él tanto parece desear, no tuvo, por fortuna, sino sus trabajos periodísticos anteriores, es decir una obra de excesiva juventud. Por lo mismo leyendo los tres libros autobiográficos, no hemos hallado ese brillo trabador de las ideas.

Al contrario, la sencillez le entregó su secreto y no habrá un capítulo, una página, un período, donde no aparezca como la mejor cualidad del autor. Sin que Azorín llegue, como Santa Teresa, a poseer ese don incomparable de escribir exactamente como se habla, sería inútil no obstante buscar en él una gota de afectación, una brizna de artificialidad. Sabemos demasiado bien que los tipos azorinianos son gentes de espíritu sencillo; pero en el caso de que se tratara de pedantes o declamadores, ya se las arreglaría Azorín para trabajarlos con naturalidad, para limpiarlos toda arista hueca, toda inflexión verbal.

Comienza "La Voluntad" con una frase a la cual podrían señalarse muchos valores de sugerencia, mucho poder de evocación. Pero fijémonos solamente, por ahora, en su sen-

cillez cautivante: "A lo lejos, una campana toca lenta, pausada, melancólica". ¿Es vulgar esta frase? No. No es vulgar, no hay en ella lugar común ni adjetivación anodina. Por lo contrario, si no fuera solamente una frase, solamente la iniciación de una pintura, de un paisaje, se diría que el autor ha meditado, ha vacilado mucho antes de encontrar una colección de palabras tan felizmente combinadas. Si no se tratara de Azorín, si no supiéramos que la cualidad primigenia de su literatura es la naturalidad, podríamos pensar que hay en esa adjetivación, "lenta, pausada, melancólica", una sencillez rebuscada, conseguida después de no poco afán, aunque aparentemente esto sea una paradoja. Los adjetivos están situados con tan cabal justeza, que si los variáramos de colocación, si respetáramos estrictamente la ubicación que el autor les dió, no cabe duda de que la frase se descompondría, perderá su ritmo y su pureza.

"A lo lejos una campana toca lenta, pausada, melancólica". Debemos anotar, aunque sólo sea de paso, que con Azorín, por primera vez en la prosa española se produce esta frase corta, exacta, precisa, geométrica. El período largo cervantino, ha venido dominando en los prosistas de España, período extenso, de compleja morfología sintáctica, y Azorín, que frecuenta los libros franceses, especialmente los de Montaigne, de quien es confesado discípulo, trae a la lengua española esta simplificación, que aunque parezca fácil a primera vista, es producto de un serio trabajo literario. "A lo lejos, una campana toca lenta, pausada, melancólica".

Y ya que hemos hablado de tres adjetivos reunidos, es preciso señalar la profunda afición que Azorín demuestra en "La Voluntad" a esta suerte de combinación. Pero sus adjetivos no tienen énfasis, ni grandiosidad, ni altivez, ni gallardía ni excesiva sonoridad, por la sencilla razón de que los seres y las cosas que Azorín califica con ellos no son enfáticos, ni gallardos ni altivos, sino humildes y pequeños. Ortega Gasset, en un espléndido estudio crítico aparecido en "El Espectador", tomó tercero, ya lo dice, con su elegancia acostumbrada: "En Azorín no hay nada solemne, majestuoso, altisonante". No tiene, por lo general, en sus combinaciones adjetivales palabras esdrújulas, de aquellas a las cuales tanto partido musical saca Valle-Inclán. Mientras el autor de las "Sonatas", en quien hemos visto también un uso exagerado del triple adjetivo, habla, por ejemplo, de un recuerdo "ingrávido, funambulesco, torturador", o de "un corvo perfil de patricio romano que destacábase en la penumbra inmóvil, blanco, sepulcral", Azorín, sin su altivez verbal, dice: "Estos labriegos sencillos,

ESTILO DE AZORÍN

por
Luis Enrique
Délano

MADRID, MAYO DE 1935

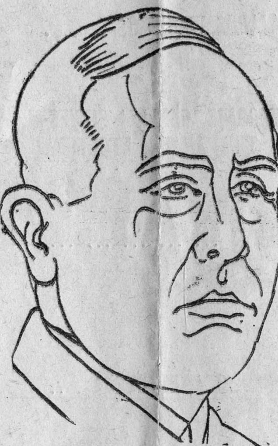
ingenuos, confiados" o "la llanura desolada, yerma, sombría". En todo caso, vale citar esta semejanza en esta diferencia en el triple adjetivo que existen en los estilos tan distintos en esencia, de Valle-Inclán y Azorín (1).

En "Antonio Azorín" y "Las Confesiones de un Pequeño Filósofo", la combinación está usada escasa y discretamente. En "La Voluntad", en cambio, aparece con extraordinaria frecuencia (2).

Hablábamos de esas tres palabras tan armoniosamente reunidas: lenta, pausada, melancólica, y decíamos que si no se tratara de Azorín, habríamos pensado en la rebusca, en el buceo... Pero, ¿es que la sencillez es acaso un don del cielo? ¿No será mejor pensar que es simplemente el producto de la experiencia del escritor, que es un resultado que se obtiene después de paciente esfuerzo? La sencillez en el estilo literario no puede producirse por generación espontánea. La primera tendencia es a la retorización de lo que se quiere expresar. Nadie es sencillo porque sí, sino que lo es después de haberse propuesto serio y después de haber luchado por serio. Azorín no parece estar de acuerdo con esta teoría, cuando dice refiriéndose a un momento de pesimismo e impotencia en la creación, por que pasa: "Quiero reflexionar, me esfuerzo en hacer una cosa bien hecha, y me desespéro y me aburro. Las cosas bien hechas salen ellas solas, sin que nosotros queramos; la ingenuidad, la sencillez, no pueden ser queridas. Cuando queremos ser ingenuos, ya no lo somos". Sin embargo, hurgando en el mismo libro nos hallaremos con estas palabras, que revelan extensiblemente que Azorín considera que hay una trayectoria que recorrer antes de obtener la tan anhelada sencillez: "Escribimos mejor cuanto más sencillamente escribimos; pero somos muy contados los que nos avenimos a ser naturales y claros. Y, sin embargo, esta naturalidad es lo más bello de todo. Las mujeres que han llegado a ser du-

chas en elegancias, acaban por ser sencillas; los escritores que han leído y escrito mucho, acaban también por ser naturales". En esta última frase, acaban por ser naturales, confirma Azorín lo que decíamos sobre la espontaneidad de la sencillez, sobre la verdadera faena que supone su logro.

Se necesitan, a nuestro juicio, para acabar en sencillez, tres períodos: primero, el de reconocer en la



sencillez una meta, un ideal de estilo literario; luego el decidirse a conseguir esta promoción, aventando todo amor por las frases brillantes, por la adjetivación sonora, por la música barata; y finalmente el vencer en esta lucha, como ha vencido Azorín.

(1) Y puesto que hemos anotado una coincidencia de estilo entre estos dos escritores del 98, consignemos otra, también de carácter adjetival, que no deja ser curiosa: Dice Azorín en "Antonio Azorín", pág. 51: "Los senos redondos de la colina yerma". Dice Valle-Inclán al comienzo de la "Sonata de Otoño": "Sus colinas, que tienen la graciosa oscilación de los senos femeninos".

(2) Ya hemos encontrado nada menos que 41 veces.

a lo justo, a lo que calza exactamente. Para ser sencillo no es preciso andar metido entre las cosas microscópicas. Azorín pudo haber invertido los términos de su afirmación, diciendo: las palabras me parecen demasiado pequeñas para expresar cosas grandes. No deja de ser sencillo Azorín cuando quiere expresar grandioso y escribe, por ejemplo: "El cielo se enciende con violentos resplandores de incendio", ni deja de ser antisencillo Valle-Inclán, cuando al hablar de una simple cama, dice: "Su lecho, que era como altar de lino albo y de rizado-encaje".

He ahí, pues, a Azorín a la caza de vocablos suficientemente delicados, que se adapten a las sensaciones delicadas que quisiera sugerir. Así van llegando a su léxico palabras de esa efectiva ternura o suavidad que necesita, y que son de uso poco frecuente, como olvidanzas, yantigas, comedio, ataraxia, cuasiente, etc.; palabras arcaicas como se y ainde; adjetivos como sonoro, ombrajoso, intenso, telarajoso, decalvado, incretenciente, verecundo y aquel "horrible" que emplea en "Antonio Azorín" y que, por lo común, se usa sólo en su forma negativa: inexorable.

Aparte de esta ausencia de palabras de un cierto tipo especial, leve, delicado, el problema lexical no parece preocupar a Azorín, por lo menos en su condición íntima.

Hemos visto ya que muchas palabras eran consideradas como cosa prohibida por los escritores clásicos. Palabras feas, vulgares, destenidas, sin elegancia, sin personalidad, eran rechazadas de plano de la lengua literaria de los escritores anteriores al siglo XIX. No se tenía por ellas la consideración que se debe a los vocablos que si bien no son sirven para insertarlos en una estrofa, nos prestan utilidad evidente en la vida cotidiana. Sabemos ya que más tarde la revolución romántica toma el partido estas palabras proletarias en la lucha de clases del lenguaje, y que luego, simbolistas y parnasianos vuelven al privilegio y forman una nueva categoría. Pero las palabras promovidas no son las de valor aristocrático, sino las que tienen un valor interno de sugerencia o evocación. En la literatura española continúa esta desigualdad. Veamos cómo la juzga Azorín: "Además — dice — y esto es lo más grave, se tiene prevención contra las palabras humildes, bajas, prosaicas, y de este modo el léxico resulta enormemente limitado... La ley de castas — termina Azorín — perdura entre la prosa moderna y los escritores brillantes la mantienen aún inexorable".

Critica, pues, con dureza a los que despectivamente llama "escritores brillantes" y que, como sabemos, no son otros que los que halagan al público con hipertrofia y oropel. Para Azorín todas las palabras son aptas, dignas de ser empleadas, aun las más humildes. Vocablos que habrían horrorizado a un clásico, como carraspeo, rebuzno, membrillo, panzudo, etc., son usados por Azorín de tal modo que su falta de esbeltez y de prosopopea pasa casi inadvertida.

Pero, además de los requerimientos del estilo, influye sin duda un propósito externo, conceptual, en este juego con las palabras. Ya sean neologismos, arcaísmos o simplemente vocablos vulgares, pero novedosos en la literatura. No olvidemos que Azorín pertenece al equipo de hombres del 98, que quiere transformar España; no olvidemos tampoco que uno de los más respetados escritores de esa generación, D. Miguel de Unamuno, ha señalado como previa a la revolución de las ideas, la revolución de las palabras.

Dejemos el léxico para comentar brevemente la influencia de la ideología en el estilo de Azorín. El estilo, ¿hasta dónde puede ser autónomo, independiente de los demás elementos que integran la creación literaria? ¿Hasta qué punto se libra o sucumbe a la intervención de la parte ideológica? Es indudable que el estilo, concepto abstracto, no es otra cosa que un ritmo, un paso de marcha; para que fuera perfecto en sí mismo, tendría que ser regular, uniforme. Pocos escritores obtienen esta seguridad de marcha y por eso son pocos los autores con estilos, quitando a esta palabra su acepción más corriente.

Las interferencias, principalmente si estas son ideológicas, deben, como es natural, constituir un escollo en un estilo sosegado, *sotto voce*, como el de Azorín. En realidad, es difícil imaginarse un sincronismo entre su estilo, apto para las pequeñas cosas, una descripción de bárbaras escenas guerreras, por ejemplo. Sería como buscar consonancia entre una flor y una locomotora.

No obstante Azorín no escribe sólo para enseñar pequeños pueblos ni por la voluntad de mostrarnos paisajes serenos y personajes inéditos por su falta de carácter y de colorido. Azorín ha formado parte de una generación batalladora, iconoclasta, y ha hecho crítica, mucha crítica. Ahora bien, cabe preguntarse si el estilo de Azorín ha fallado en esta labor, si no ha fracasado en este menester, compuesto como está de elementos simples y depurados.

Veamos. Ya sabemos la profunda pasión con que los hombres del 98 querían sacar una España nueva de la gastada España de fines del siglo pasado. Uno de los más agudos críticos de la generación de Azorín,

En "La Voluntad" dice: "El catolicismo de ahora es cosa muy distinta, está en oposición abierta con esa tradición simpática, que ya se ha perdido por completo entre las clases superiores, que sólo se encuentran aquí y allá, a retazos, entre los tipos populares, como este labriego de Sonseca que habla tan maravillosamente de las resignación cristiana...".

¿Que decir de esta frase, dejando al margen su contenido ideológico? ¿Es hermosa, como estilo? Acaso no sea ni fea ni bonita. Es una frase escrita con inteligencia, con emoción, con sabiduría literaria.

Veamos esta otra: "Bastaría abrir las puertas y dejar entrar el sol, salir, viajar, gritar, chapuzarse en agua fresca, correr, saltar, comer grandes trozos de carne, para que esta tristeza se acabase. Pero esto no lo hacemos los españoles; y mientras no lo hacemos, las notas de un piano pueden causar una indignación terrible".

Hay aquí el mismo sentido crítico que en el período citado anteriormente. Pero hay una vitalidad acusada, una viril viveza, una euforia estilística. Es un trozo de crítica vestido de excelente estilo.

Y ahora hagamos una tercera cita de párrafos en que también vibre la emoción reformista del 98. Se encuentra en "Antonio Azorín", y dice así: "Una y otra cultura, la de la tierra y la de la ganadería, se han hostilizado durante siglos: una y otra se han arruinado y han traído aparejada en su ruina la ruina de España. La de la tierra, por falta de agua (Infantes, entre 14,000 hectáreas, tiene 6 de regadío constante) y por la estafitación de los procedimientos de cultivo; la de la ganadería, por el cambio radicalismo de la propiedad adhesada, producido por la desvinculación y desamorización, por la roturación de los pastos, por el cegamiento de veredas, cordales y cañadas, y por la baja del Arancel en lo referente a importación de lanas extranjeras".

¿Podría decirse que está mal escrito con descuido este trozo? De ninguna manera. Es correctísimo. ¿Acaso el autor ha tirado por la borda su sencillez, al redactarlo? No, es sobrio, es sencillo. Emtonces, ¿es que la pasión-reformadora se lo lleva, lo vence y es ella la que descompone el estilo? Sería lo más acertado quedarse con esta hipótesis. Ya no está aquí el Azorín con fortuna que nos describe su infancia en Yecla en "Las confesiones de un pequeño filósofo" y su amor por Justina en "La Voluntad". Es delicioso Azorín ha desaparecido y en este trozo, que podría confundirse con una crónica periodística, de período, mo oposicionista, el estilo indudablemente se quiebra, desfallece bajo la embestida de la razón ideológica que sostiene las frases.